

HISPANOS

en el Paraíso



Una agente de Policía de Nueva York y su hija, celebran el Día de Puerto Rico en la Quinta Avenida.

42. Se habla español

Magalí Muriá

Los nuyoricans

Ángeles Valencia

50. La frontera.

Fractura y fusión entre dos mundos

Magalí Muriá

Cubanos en Miami

Pedro Tomé

Dominicanos.

Los grandes olvidados

Cristina Sánchez Carretero

56. El reto hispano

Pedro Tomé

Washington latino

Raúl Sánchez Molina

Son más de 40 millones y se han convertido en la primera minoría de Estados Unidos. Con la elección de uno de los suyos, Antonio Villaraigosa, para alcalde de los Ángeles, los hispanos han visto reforzada su fe en el “sueño americano”. Cinco especialistas abordan en este Dossier las raíces históricas de su presencia al norte del Río Grande, el drama de la frontera entre los dos mundos, donde cientos se dejan la vida cada año, y el desafío que cree sentir el mundo anglosajón ante la irrupción de su cultura

SE HABLA ESPAÑOL

Michael Bloomberg, durante su campaña a la Alcaldía de Nueva York en 2001, enarbola una bandera de Puerto Rico.

Interior de una **peluquería del Harlem hispano** en enero de 2005, durante la toma de posesión del presidente Bush.





Tras la guerra entre México y EE. UU., el primer país perdió la mitad de su territorio, pero muchos de sus habitantes permanecieron al norte del Río Grande, donde se convirtieron en la avanzadilla de la cultura hispana. **MAGALÍ MURIÁ** hace la crónica de un colectivo, el hispano, que día a día gana peso y poder en el mundo norteamericano



Al visitante de Estados Unidos, seguramente le llamará la atención la gran cantidad de veces que en los escaparates de las tiendas, la radio y la televisión, verá o escuchará la frase “Se habla español”. Una de las noticias más relevantes que tuvo Estados Unidos como resultado del censo del año 2000, fue que la comunidad latina, o hispana, como se la llama comúnmente, ha crecido de forma tan pronunciada que representa ya el 13 por 100 de la población total. La fuerza y el dinamismo de este grupo es de tal magnitud que su presencia está alterando de forma irreversible y profunda muchos aspectos de la sociedad norteamericana, no sólo en su composición étnica, sino también en su cultura, hábitos y, muy especialmente, el idioma que predomina en ese país.

En estas circunstancias, no es de extrañar que las cadenas más importantes de hamburguesas en Estados Unidos, como McDonalds y Jack in the Box, hayan incorporado cierta comida mexicana en sus menús. Tampoco es de sorprender que, en las últimas elecciones, los dos candidatos a la presidencia, John Kerry y George W. Bush, dedicaran tiempo, dinero y esfuerzo para obtener tajada de los casi ocho millones de votos hispanos. A menudo, se les veía reunirse con líderes latinos y aparecer en televisión, haciendo esfuerzos por hablar español.

La presencia hispana en Estados Unidos es tan añeja como el país mismo, pues la región suroeste de su territorio formó parte de las colonias españolas que, en 1810, se emanciparían de la me-

trópoli y formarían el México independiente. Después de la guerra entre México y Estados Unidos, en la que el primero perdió más de la mitad de su territorio, muchos mexicanos se mudaron al sur de la frontera. Sin embargo, otra gran parte permaneció en sus lugares de origen y, aunque con el tiempo se incorporaron a la nueva nación americana, mantuvieron en muchos casos una fuerte identidad, que transmitieron a sus descendientes. Desde entonces, los lazos familiares que estos mexicanos mantuvieron con sus parientes del sur de la frontera dieron vida a un movimiento migratorio continuo, que se ha intensificado en los últimos años, pero que siempre ha existido.

Mano de obra barata

Más entrado el siglo XX, la migración a Estados Unidos comenzó a nutrirse de trabajadores que viajaban al norte para satisfacer la necesidad de mano de obra que se presentaba durante la construcción de grandes obras de infraestructura, como el ferrocarril, que empleó a un gran número de inmigrantes chinos y mexicanos, y también proyectos de dimensiones gigantescas, como la presa Hoover, situada en la frontera de Nevada y Arizona. En 1942, EE. UU. firmó un acuerdo con México que contempló la llegada de cuatro millones y medio de braceros. Se esperaba que compensarían la ausencia de los muchos norteamericanos que dejaron la agricultura para dedicarse a actividades relacionadas con el esfuerzo bélico.

Aunque el Acuerdo Bracero terminó en 1964, los mexicanos —y otros latinoamericanos— siguieron viajando al norte del Río Bravo, en busca de mejores condiciones de vida. En tiempos re-

MAGALÍ MURIÁ, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California.



Guardacostas norteamericanos rescatan a un grupo de **balseros cubanos**, frente a las costas de Florida, en julio de 1999. La mayoría de los emigrantes cubanos se establece en Miami.

cientes, estos flujos migratorios se han incrementado, a medida que las economías de los países latinoamericanos se van deteriorando y son cada vez más los que parten en busca de lo que se ha llamado “el sueño americano”.

Las cifras que arroja el censo de 2000 son contundentes: Durante la década de los noventa, más de la mitad de los niños nacidos en territorio norteamericano era de origen hispano. Estos niños, junto a sus padres y abuelos, constituyen un mercado con un poder adquisitivo de casi 600 mil millones de dólares, muy importante para cualquier economía.

Tacos congelados y TV propia

De hecho, no son sólo los restaurantes de comida rápida quienes se han dado a la tarea de ofrecer una gran variedad de artículos para estos nuevos consumidores, sino que ha surgido un sector importante de comerciantes y expertos en mercadotecnia en torno a la venta masiva de productos que van desde tortillas, salsas y taquitos congelados, hasta el establecimiento de consorcios televisivos de dimensiones gigantescas, que emiten únicamente en español.

También es notoria la promoción de artistas de música pop, que venden millones de dólares y sustentan su razón de existir en la llamada “cultura latina”.

Pero ¿cómo podemos trazar los rasgos y entender el comportamiento de este “gigante dormido”, como se le ha llegado a llamar, cuya influencia resulta ya imposible negar? A efectos prácticos, el Gobierno de Estados Unidos comenzó a llamarlos “hispanos”, un término generalizador, que incluye a todos aquellos individuos procedentes de países de habla española. Dentro de esta categoría, entra un espectro muy amplio de nacionalidades, situaciones legales e identidades culturales, que se complican aún más cuando consideramos las prioridades políticas y sus perspectivas en el terreno económico. Algunos prefieren llamarse latinos, término que los asocia más con las raíces latinoamericanas que con la herencia española. Otros más, de origen mexicano, optan por autodenominarse chicanos, vocablo que surgió durante los movimientos estudiantiles de los años sesenta e implica un gran orgullo racial y una activa militancia política.

Los latinos son un grupo diverso en extremo. Entre ellos se cuentan los ya mencionados México-americanos que residen en la zona del suroeste desde antes de que esos territorios pasaran a formar parte de Estados Unidos. Se trata de familias de sólido arraigo, que tienen características muy distintivas y han contribuido a darle a la región una personalidad inconfundible.

Vaivén caribeño

También existen colonias de puertorriqueños, que tradicionalmente se establecen en la ciudad de Nueva York y presentan patrones migratorios circulares: van y vienen de su isla caribeña estableciendo redes familiares y vínculos culturales con los barrios latinos de esta diversa metrópoli. Asimismo, son muy representativos los cubanos que huyeron del régimen comunista de Fidel Castro. La mayoría de ellos se encuentra asentada en Miami, como asilados políticos y representa una fuerza electoral muy importante.

Dentro de los muchos grupos dignos de mención, están también los emigrantes mexicanos y centroamericanos, de llegada relativamente reciente. Muchos de ellos carecen de documentos para residir en Estados Unidos, lo cual los ha hecho sujetos de persecución legal y víctimas de discriminación y xenofobia, así como de abusos laborales. Pese a las precarias condiciones en las que viven, los miembros de este grupo sacian la necesidad de mano de obra que tiene la gigantesca economía estadounidense, desempeñando trabajos que nadie quiere.

Pese a ser tan diversa y compleja, en la comunidad hispana dominan los mexicanos, tanto si se habla de números como de imagen, ya que dos terceras partes de este grupo está formado por personas originarias de México, o de ascendencia mexicana. Esto tiene repercusiones muy visibles en la forma en que la sociedad norteamericana ha representado a los latinos, asociándolos comúnmente con la música y comida mexicanas, los sombreros de charro e, incluso, explica por qué el 5 de mayo se considera la “fiesta mayor” de los hispanos. Ese día se celebra en México el aniversario de la Batalla de Puebla, que tuvo lugar en 1862, cuando los ejércitos mexicanos derrotaron a las tropas

francesas que, a instancias de Napoleón III, llevaron a cabo una invasión para instaurar la monarquía en ese país.

Generalizar a los hispanos y asociarlos únicamente con México nos lleva a ignorar la diversidad de este grupo, así como a subestimar su enorme riqueza cultural. Al hacerlo, no se da cabida a grupos tan activos y vitales como los salvadoreños, los dominicanos o los guatemaltecos, quienes llevan consigo un bagaje cultural propio. También sería difícil asociar a los México-americanos con los cubanos, quienes, por sus características específicas, mantienen posturas muy conservadoras.

De hecho, con excepción de los cubano-americanos, que suelen inclinarse por el Partido Republicano, el grueso de la comunidad latina favorece a los demócratas, de orientación más liberal. Sin embargo, esto está cambiando paulatinamente, a medida que los republicanos aprovechan la impronta conservadora que ha dejado la herencia católica de los hispanos, en su postura frente a temas como el aborto, el matrimonio entre homosexuales y otras cuestiones de planificación familiar.

Todo ello hace que este grupo sea muy difícil de caracterizar, pues está sujeto a una identidad multifacética, nada fácil de entender desde cánones estrictamente anglosajones. En este sentido, es indicativo, por ejemplo, el hecho de que Bush nombrara a Alberto González, un político ultraconservador, para un alto cargo en Justicia, alterando con ello la asociación común que se tiene de los latinos con causas liberales.

Otra tendencia que está cambiando las

LOS HISPANOS, UN IMPORTANTE IMPULSO DEL MERCADO INMOBILIARIO, YA NO TIENDEN A CONCENTRARSE SIEMPRE EN LAS MISMAS ZONAS

generalizaciones es su distribución geográfica. Hasta hace unos años, la población hispana tendía a concentrarse a lo largo de la frontera con México, y, salvo en los casos de los puertorriqueños y los cubanos, su meca era la ciudad de Los Ángeles. Cabe señalar aquí que, desde hace bastantes años, esta población se cuenta entre las urbanizaciones que concentran a mayor número de personas de habla española en el mundo, más que Madrid, por ejemplo.



Bush se dirige en castellano a la **comunidad hispana de Filadelfia**, durante su primera campaña para las presidenciales, en agosto de 2000.

Sin embargo, en los últimos años puede apreciarse una dispersión geográfica notable y la presencia hispana se percibe ya en todo el territorio norteamericano, incluyendo a estados como Carolina del Norte, Washington y las zonas del Medio Oeste, que no tenían una población latina muy visible hace pocos años. Ejemplo de ello es que en la capital del país habitan alrededor de 300.000 “nuevos latinos”, término que se

muestran que, desde la década de los ochenta, los hispanos que forman parte de la clase media han aumentado en 80 por 100. Esto se refleja en una de las partes medulares del “sueño americano”: la posibilidad de adquirir una vivienda. De acuerdo con estudios recientes, los latinos están convirtiéndose en uno de los más enérgicos impulsos para el mercado de bienes raíces. En los próximos veinte años, se cree que representarán el 40 por 100 del total de compradores de vivienda.

La prosperidad de los hispanos también se observa en el ámbito de los negocios, sobre todo en el campo de la pequeña y mediana empresa, donde sobresale la presencia de latinos que son dueños de su propio establecimiento. Hoy, existe más de un millón de compañías fundadas y administradas por hispanos, cifra que crecerá a seis millones en 2030. En este sector es importante señalar la dinámica presencia femenina, pues entre 1997 y 2002, el número de empresas que pertenecen a mujeres latinas creció en casi un 400 por 100. La forma de hacer negocios de los latinos, a pequeña y mediana escalas, resulta sumamente

utiliza para denominar a todos aquellos que no son de origen mexicano, cubano o puertorriqueño, sino que provienen de El Salvador, Perú, Ecuador y otros países del Continente Sur.

El estereotipo de la pobreza

Otro estereotipo que prevalece sobre los latinos es que son pobres. Aunque tradicionalmente, al igual que la población afroamericana, se han contado entre los más desfavorecidos, las estadísticas



Una boricua se deshinibe en el **desfile del Día de Puerto Rico** en la Quinta Avenida de Nueva York, donde los portorriqueños, o *nuyoricans*, suman más de 800.000 personas.

LOS NUYORICANS

La publicación del *Atlas de puertorriqueños en Estados Unidos*, en 2003, un estudio encargado por el Gobierno de Puerto Rico, generó en la isla una serie de encontradas sensaciones que ora se traducían en explosiones jubilosas, ora mostraban preocupación. Y no es para menos. El mencionado *Atlas* muestra con total nitidez que viven más boricuas, puertorriqueños, en los Estados Unidos que en la propia isla caribeña. Un vistazo rápido a los datos de los censos permite atisbar una ligera sombra de duda, pues la población de la isla se acerca a los 3,9 millones de habitantes, en tanto la de los que se autoidentifican como puertorriqueños que viven en otros lugares de los Estados Unidos es poco más de 3,8 millones. Sin embargo, el análisis más pormenorizado elimina cualquier duda, al constatar que Puerto Rico es también país receptor de migración caribeña y puerta a los Estados Unidos para muchos habitantes de las islas más o menos próximas. De hecho, se calcula que en Puerto Rico viven más de 300.000 dominicanos, muchos en indeterminado tránsito. A la vez, el continuo intercambio comercial y turístico con el resto de las islas impide una contabilidad rigurosa. En cualquier caso, estas cifras que reducen el número de boricuas en la isla, reafirman la idea de que hoy día hay más

puertorriqueños en Estados Unidos que en la propia isla.

La migración inicial concentrada exclusivamente en la ciudad de Nueva York, y cuya problemática integración fue mostrada en películas clásicas como el musical *West Side Story*, ha dado paso a una nueva situación en la que la población puertorriqueña es notoria no sólo en las calles de dicha ciudad sino también en las de los estados de Connecticut, Nueva Jersey, Massachusetts, Pennsylvania y Florida. Incluso se diría que, en los últimos años, el destino preferido de los migrantes boricuas ha cambiado: hoy día, unos 600.000 viven en Florida, donde ciudades como Orlando han visto incrementar su número en un 142 por 100 entre 1990 y 2000 y otras como Tampa, en el mismo periodo, en un 78 por 100.

Y, sin embargo, la Gran Manzana sigue siendo en el imaginario puertorriqueño el punto de destino “natural” para los que abandonan la isla. Los más de 800.000 boricuas que habitan en Nueva York, los *nuyoricans*, constituyen una referencia ineludible para todos los isleños. Aunque sólo sea porque prácticamente no existe familia alguna que no tenga uno de sus miembros en la ciudad.

La estereotipada imagen del *nuyoricán*, gracias sobre todo al cine, incluye no sólo el aspecto latino, tan fiero como seductor, tan temible como deseable, tan pobre como

benéfica y refrescante para las economías locales, que agonizan a causa de la implacable avanzada de los monopolios.

En el terreno de la educación, la situación no es tan halagadora, aunque se nota cierta mejoría. Si bien en los últimos treinta años el número de latinos que logra un título universitario se ha cuadruplicado, son muchos los obstáculos que los miembros de este grupo deben vencer en materia educativa. Aunque la población de niños hispanos que asisten a escuelas primarias crece más rápidamente que la de los anglosajones, su rendimiento escolar está aún por debajo del resto de la población. Esto repercute en el número de jóvenes que termina los estudios secundarios; de acuerdo con encuestas realizadas a fines de la década de los noventa, únicamente el 62 por 100 de los latinos de 25 a 29 años terminaron el *high school*—equivalente a la secundaria española—, a diferencia de los

orgullosos. Ciertamente que en algunos aspectos, como el educativo, los cambios acontecidos en la comunidad en los últimos sesenta años han sido escasos. Sin embargo, en otros aspectos los tópicos se van alejando de la realidad y haciéndose más complejos. Así, aunque uno de cada cinco puertorriqueños de Estados Unidos viva en condiciones de pobreza, se calcula que más de una tercera parte de los *nuyoricans* ahorra lo suficiente como para enviar unos 1.200 dólares al año a sus familiares de la isla.

En todo caso, la inicial guetización de los boricuas que llegaron a Nueva York y su aglomeración en una única área de la ciudad permite hoy a muchos neoyorquinos hablar del “distrito Puerto Rico”, fácilmente reconocible por las numerosas salas en las que la salsa atruena durante todo el día—hay quien dice que hay más salones de salsa en Nueva York que en Puerto Rico—. En suma, los *nuyoricans* se han convertido en parte ineludible del paisaje humano de Nueva York, para lo bueno y lo malo y, por tanto, cualquier acontecimiento que afecte a la ciudad, tendrá incidencia directa en la isla. No puede olvidarse, en este sentido, que aproximadamente 800 puertorriqueños murieron en las Torres Gemelas en el atentado del 11 de Septiembre.

ÁNGELES VALENCIA
Antropóloga

anglosajones y los afroamericanos, que lo hicieron en el 93 y 87 por 100 de los casos, respectivamente.

Muchos factores contribuyen a crear esta deficiencia educativa. Un gran número de niños con problemas proviene de familias recién llegadas y, en muchas ocasiones, no habla inglés. Los recortes presupuestarios en educación, así como las leyes que prohíben o restringen la educación bilingüe, han dificultado su proceso de integración en la vida escolar. Asimismo, existe en Estados Unidos un proceso de segregación en las escuelas, en el que cada vez es más palpable la abundancia de recursos en los distritos predominantemente anglosajones, y los apuros económicos por los que pasan las zonas donde habitan los hispanos.

Sanidad precaria

Otro sector en el que la situación de la minoría latina es desventajosa, es en la sanidad. Uno de los problemas más graves se refleja en el hecho de que el número de hispanos que no tiene cobertura médica es mucho más alto que el del resto de la población. Uno de cada tres hispanos se encuentra dentro del 15 por 100 de personas que a nivel nacional carece de seguro médico. Mientras sólo el 10 por 100 de los anglosajones y el 19 por 100 de los afroamericanos se encuentra en esta situación, la tercera parte de la población hispana no está asegurada. Las dificultades de acceso a un médico han repercutido en el hecho de que los hispanos muestran una tendencia mucho más elevada que el resto a sufrir enfermedades crónicas.

En muchos casos, esto se debe a que un gran número de latinos no cuentan con documentos legales para residir en Estados Unidos. Esto los ha puesto en una situación vulnerable frente a la legislación antiinmigrante, que entró en vigor durante los años noventa, en particular la Ley de Reforma a los Servicios Sociales (*Welfare Reform Act*), de 1996. Esta ley, así como la brecha del idioma y el clima de persecución y xenofobia que predomina en amplios sectores de la sociedad norteamericana, ha limitado el acceso a programas sanitarios.

Finalmente, cabe señalar el creciente número de hispanos que se enrolan en las filas del ejército norteamericano, participan en la guerra contra Iraq y mueren en ella. Basta echar un vistazo a las



Un restaurante hispano en el vecindario de Jackson Heights, en Queens, evidencia la presencia de este colectivo en la ciudad de Nueva York, donde supera los dos millones de habitantes.

imágenes que aparecen en televisión, para comprobar que cada vez más jóvenes de origen latino acompañan a las barras y las estrellas en esta aventura bélica y son también cada vez más los que regresan envueltos en ellas, para ser enterrados en los cementerios militares. Según varios testimonios, existe una tendencia a colocar a los combatientes de origen latino en las posiciones de mayor riesgo, a lo que se suman las agresivas e intensas campañas de reclutamiento que están llevando a cabo las fuerzas armadas en las escuelas donde la población hispana es elevada y las opciones de ir a la universidad, muy pocas.

El gigante dormido

Pese a todos estos problemas, los latinos en Estados Unidos tienen una presencia cada vez más decisiva en la vida cultural, social y política, así como un enorme peso económico. Al igual que los otros grupos de inmigrantes que se establecieron en EE. UU., se trata de personas determinadas a progresar para ofrecer a sus hijos "el sueño americano". Este espíritu también se refleja en la enorme cantidad de organizaciones latinas que existen, todas ellas con el objetivo de despertar al "gigante dormido" y desarrollar su enorme potencial, con el fin de hacer valer sus derechos, verter su influencia en el resto de la sociedad

y hacer valiosas contribuciones a la cultura de una nación que se formó y consolidó gracias a la inmigración.

Pero el despertar del "gigante dormido" ha sido recibido con actitudes ambivalentes y agudas contradicciones: mientras se aprecia la enorme contribución que hace el mercado latino a la economía norteamericana y se aprovecha la mano de obra emigrante en los trabajos más rudos, son muchas las muestras de abierta antipatía, que se traducen en agresiones físicas, verbales o escritas, por parte de quienes ven peligrar los ingredientes más "puros" de lo que consideran su nación. Si por una parte se acepta que hombres y mujeres de ascendencia mexicana, centroamericana y caribeña den la vida en las guerras de Estados Unidos, también se percibe como una amenaza el hecho de que sean ellos mismos, y sus familias, quienes llamen a las puertas de ese país y pasen a formar parte de él.

Sin embargo, las estadísticas no tienen vuelta de hoja. Los elementos más esenciales del nacionalismo norteamericano van cambiando de rostro y el reflejo de esta nueva imagen, así como el peso rotundo de la demografía, obliga necesariamente a todos los estadounidenses a replantear su modelo nacional y a redefinir su identidad, para hacerla más flexible, diversa e inclusiva. ■

NACIÓN HISPANA

■ WHO IS QUIÉN?

La población latina no sólo avanza cuantitativamente en Estados Unidos. También lo hace cualitativamente, como demuestra el imparable goteo de líderes hispanos que alcanzan relevantes puestos en la administración y en la política. El caso más reciente es el del demócrata **Antonio Villaraigosa**, un hijo de inmigrantes mexicanos que acaba de ganar las elecciones a la alcaldía de la ciudad de Los Ángeles, la segunda más poblada del país después de Nueva York. Poco antes, otro hispano, el ultraconservador **Alberto Gonzales**, se hacía cargo de la cartera de Justicia en el segundo Gobierno de George Bush, donde ya otro hispano ocupaba la de Comercio. En las filas republicanas, sobresalen **Ileana Ros-Lehtinen**, la primera congresista cubanoamericana; **Brian Sandoval**, fiscal general de Nevada; **Henry Bonilla**, representante por Texas, y **Mel Martínez**, senador por Florida. Entre los demócratas, destacan **Ken Salazar**, senador por Colorado, **Robert Menéndez**, representante por Nueva Jersey, y va emergiendo como figura ascendente **Julián Castro**, candidato a la alcaldía de San Antonio, en Texas, la octava ciudad más grande de EE. UU. En total, en la Cámara de Representantes los hispanos ocupan 29 de los 435 escaños.

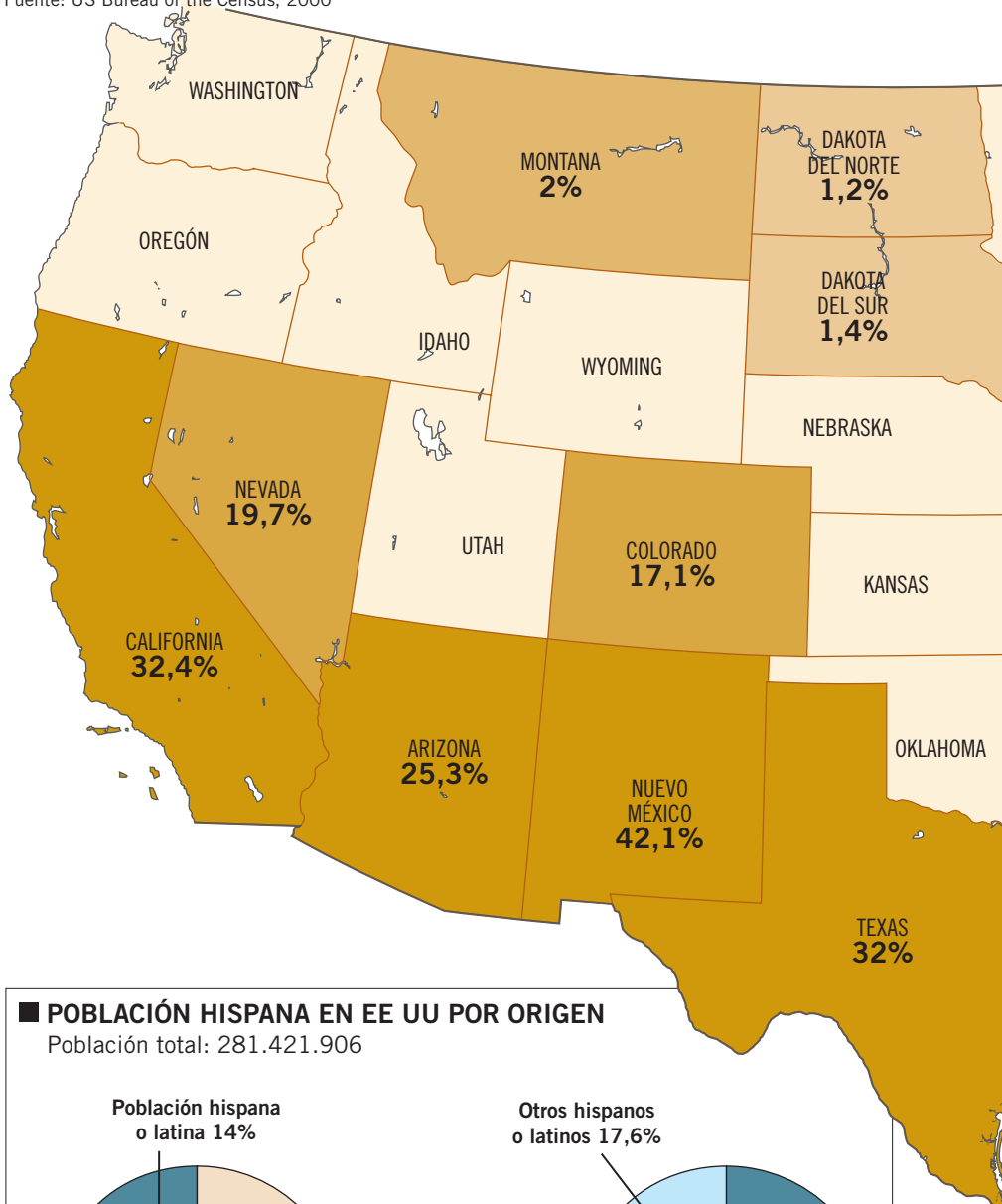


Antonio Villaraigosa, el primer alcalde de Los Ángeles de origen hispano, es hijo de modestos inmigrantes mexicanos.

■ ESTADOS CON MAYOR PORCENTAJE DE LATINOS

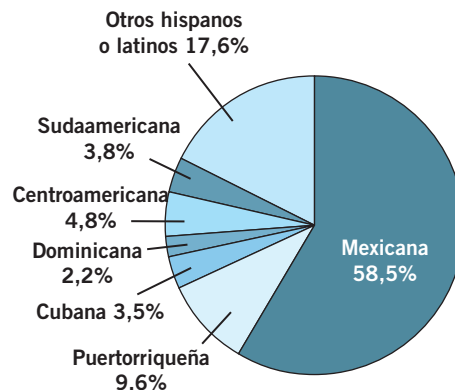
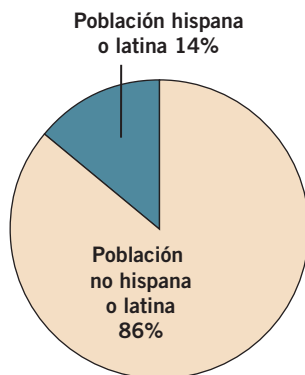


Fuente: US Bureau of the Census, 2000



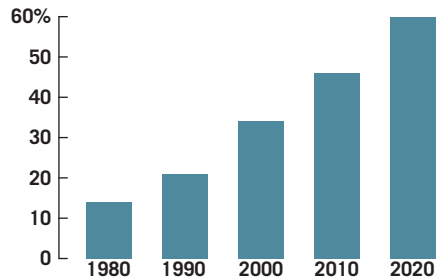
■ POBLACIÓN HISPANA EN EE UU POR ORIGEN

Población total: 281.421.906

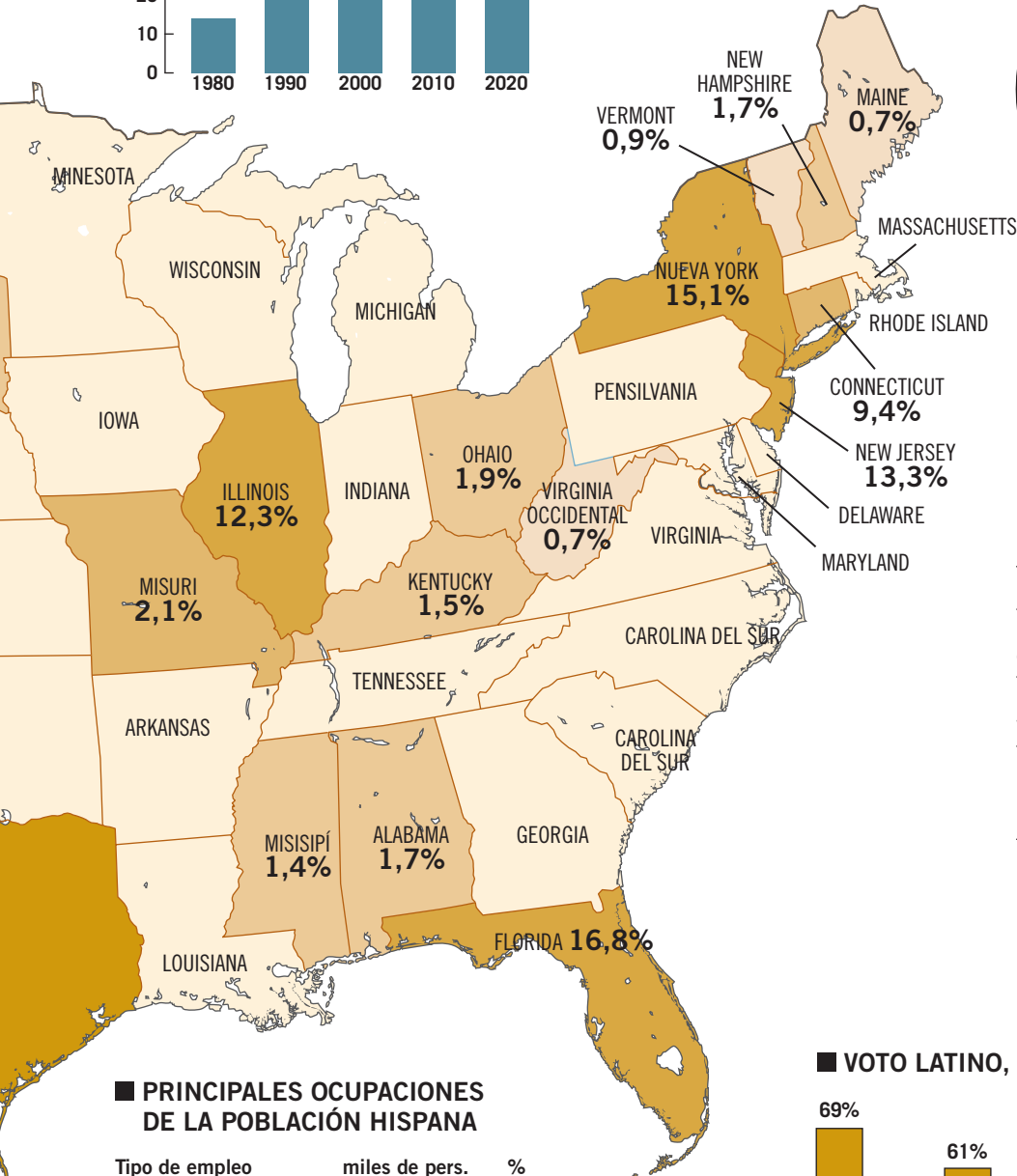
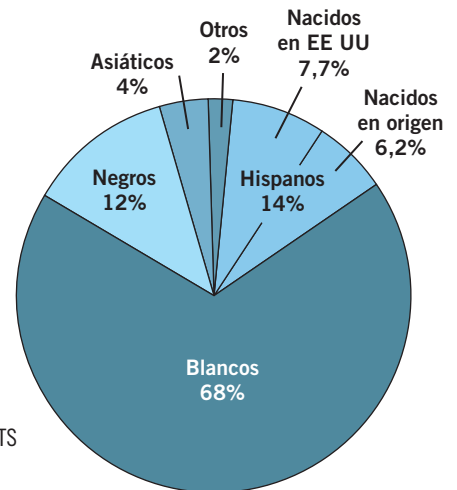


Fuente: US Bureau of the Census, 2000

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LA POBLACIÓN LATINA



POBLACIÓN EN EE UU POR RAZA



INDICADORES VARIOS

	Porcentaje
Hispanos pobres (2003)	18,1
Hispanos que votaron en la elección de 2000	21,8
Hispanos que habitan vivienda propia (2002)	23,1
Hispanos de 25 años o más que cuentan con grado universitario (2002)	21,2

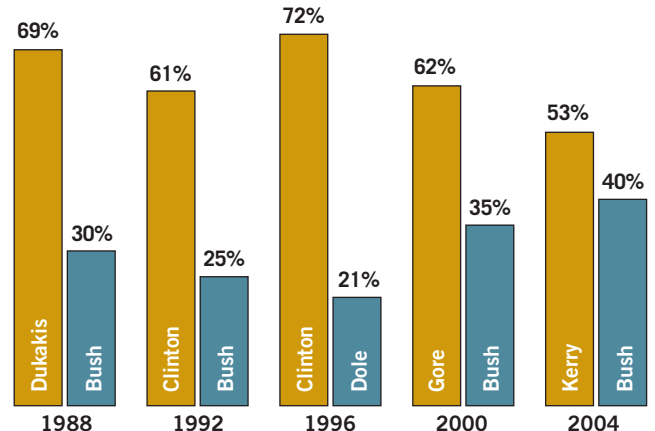
Fuente: US Bureau of the Census

PRINCIPALES OCUPACIONES DE LA POBLACIÓN HISPANA

Tipo de empleo	miles de pers.	%
Administrativo o profesional	2.411	18,1
Servicios	2.906	21,8
Ventas y oficina	3.090	23,1
Construcción	357	2,7
Producción y transporte	2.831	21,2
Total población activa 16 años o +	13.348	100

Fuente: US Bureau of the Census, 2000

VOTO LATINO, 1988 - 2004



LA FRONTERA



fractura y fusión
entre dos mundos

Un grupo de mexicanos espera en Tijuana una oportunidad para **cruzar ilegalmente la frontera** entre México y Estados Unidos, en mayo de 2001.

Punto de fusión entre lo cotidiano y lo excepcional, la inmensa frontera entre México y Estados Unidos ha cambiado varias veces en los últimos siglos de forma, tamaño y función. **MAGALÍ MURIÁ** explica la sociedad específica que ha generado esta línea de fractura

Como en una zona de guerra, la frontera entre México y Estados Unidos es un lugar donde conviven sin recato la rutina y la tragedia; donde se funden de forma casi imperceptible la cotidianidad con

MAGALÍ MURIÁ, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California.

el estado de excepción. Mientras miles de personas se trasladan diariamente de un país a otro por puertos de entrada para trabajar o estudiar, cientos de emigrantes pierden la vida cada año por su pretensión de cruzar los desiertos y barrancos que les separan del mercado laboral más grande del mundo.

Con sus binoculares, los agentes de la patrulla fronteriza norteamericana vigi-

lan detrás de los muros que separan a su país del Tercer Mundo, al tiempo que los reflectores barren las sombras nocturnas y los dispositivos tecnológicos de punta —sensores de movimiento, vehículos ultraequipados y armas sofisticadas— se despliegan estratégicamente para detener el tránsito de personas y productos no autorizados. Sin embargo, a diferencia de otras zonas donde se de-

sarrolla un conflicto bélico, aquí no hay guerra declarada. Al contrario, todo esto tiene lugar en la frontera de dos países que se dicen amigos.

Tal como la conocemos hoy, la línea fronteriza entre México y Estados Unidos fue definida por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, que se firmó en 1848, al término de la guerra entre ambos países. Con este tratado, México tuvo que ceder a Estados Unidos la mitad norte de su territorio. Luego, siguió la venta forzada de partes que se incorporarían a Nuevo México y Arizona, en 1854, lo que acabó de darle forma a esta división territorial. Mas no por ello terminaron las disputas y controversias territoriales, aunque éstas resultaron ser mucho más localizadas, debidas mayormente a las desviaciones de los ríos.

Curso de río cambiante

Uno de estos conflictos fue el llamado del Chamizal. Se trata de una franja de 255 hectáreas, junto a Ciudad Juárez, sujeta a una disputa territorial que concluyó en 1970, a favor de México. En 1852 se había establecido, de acuerdo con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, que la frontera estaría delimitada por el centro del cauce del Río Bravo, a pesar de que éste mutaba ocasionalmente, debido a los periódicos aumentos de caudal. En 1864, cambió el curso del río y dejó al Chamizal “del otro lado”, lo que provocó el contencioso que tardaría más de un siglo en resolverse en los tribunales internacionales. De esta manera, en 1970, el Chamizal volvió a formar parte de México, pues el tratado también preveía que los límites entre ambos países quedarían establecidos originalmente por el emplazamiento del cauce de las aguas en el momento de la firma.

La línea fronteriza que resultó de estas pugnas tiene una longitud de casi tres mil kilómetros. Comienza al oeste en la costa del Pacífico. Corre hacia el este remontando las escarpadas cimas de la Sierra Madre Occidental y luego se extiende por la llamada Meseta Central. Al llegar a Ciudad Juárez, la elevación sobre el nivel del mar ha disminuido a 1.300 metros, pero aumenta nuevamente al cruzar la Sierra Madre Oriental. El extremo este se halla formado por las planicies costeras que se extienden hasta el Golfo de México.

En cuanto a división política, coinciden

en la frontera México-Estados Unidos seis estados mexicanos —Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas— y cuatro estadounidenses —California, Arizona, Nuevo México y Texas—. Si ampliamos en detalle, veremos que las comunidades fronterizas están divididas en 23 condados del lado norteamericano y 35 municipios, del mexicano. Esta región, considerada por muchos como un tercer país donde se funden dos culturas, la norteamericana y la mexicana, ha

proteger la identidad cultural y la soberanía territorial de ambas naciones.

Esta percepción de lejanía venía aparejada por una distancia geográfica importante, que separaba a las poblaciones fronterizas de sus respectivas capitales, lo que se tradujo también en un distanciamiento cultural y político. Quizá por ello las comunidades fronterizas crearon su propio estilo de vida y, con muchas influencias recíprocas, crecieron de forma interdependiente, sin importar demasiado de qué lado de la línea



El presidente de EE. UU., **George Bush**, con el mexicano, **Vicente Fox**, en Guanajuato, en 2001. La emigración es uno de los problemas que más afectan a las relaciones entre ambas naciones.

atravesado un proceso de transición sumamente interesante a lo largo de la historia.

Durante siglos, la región fronteriza entre México y Estados Unidos se consideraba como una zona remota, desierta y dejada de la mano de Dios, fuera de la órbita donde se construía la identidad y la cultura de ambas naciones. Para México, fue protagonista de leyendas e historias de misioneros, exploradores y bandidos, fuentes mágicas, ciudades de oro y amazonas. Para Estados Unidos, se trataba de un territorio salvaje, con frecuentes ataques de indios y pueblos fantasma, que nutrió el mito de lo que hoy se conoce como el “Lejano Oeste”. La frontera se veía como una zona colchón o limbo estratégico, que no era “ni aquí ni allá”, cuya función era resguardar y

divisoria se estaba hablando. Incluso, en muchos casos, la frontera no era más que una marca arbitraria que dividía pueblos y ciudades por la mitad. La dependencia mutua de ambas partes era tal, que varias de las llamadas “ciudades gemelas” comparten hoy el mismo sistema de drenaje.

Mundos gemelos

En este ambiente de interacción cotidiana, los pobladores de las ciudades gemelas han vivido en una condición de binacionalidad, incorporando elementos de dos países tan intensa y radicalmente distintos como lo son México y Estados Unidos. Esto le ha dado a la frontera un carácter singular, pues quienes cruzan la línea frecuentemente para hacer compras, comer en algún



restaurante, visitar parientes o simplemente pasear, están haciendo converger dos mundos opuestos: lenguas distintas, costumbres diferentes y formas culturales contradictorias. Pese a que en el mundo hay muchas fronteras, ésta tiene la singularidad de que, en su enorme longitud, hace chocar al Tercer Mundo con el país más poderoso del planeta. Asimismo, aquí se pone en evidencia, como en ningún lado, la enorme brecha entre la cultura hispanoamericana con la tradición anglosajona de los Estados Unidos.

35.000 “fronterizos”

Incluso hoy, son frecuentes los casos de niños que cambian de país todos los días para ir a la escuela, o habitantes de alguno de los dos lados que trabajan en el otro. Sólo en el caso de Tijuana-San Diego, se estima que 35.000 personas se trasladan del lado mexicano a Estados Unidos de forma rutinaria. En general, estos “fronterizos” son personas que se manejan cómodamente en los dos códigos culturales, cambian sin darse cuenta de un idioma a otro y han llegado a

crear uno nuevo, producto de la mezcla de ambas lenguas: el famoso *spanglish*.

Hacia la década de los sesenta, la actividad económica de la región fronteriza mexicana comenzó a volverse más dinámica, con la instalación de plantas maquiladoras o unidades de ensamblaje de partes procedentes del lado americano, aprovechando que al sur de la frontera la mano de obra es más barata. También contribuyó a este crecimiento un régi-

zación, la visión tradicional de la frontera distante que prevalecía en ambos países se ha transformado radicalmente. En 1994, México firmó con Estados Unidos y Canadá el Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN), creando con ello uno de los mayores bloques comerciales del mundo. La firma del tratado incrementó de forma aguda el tránsito fronterizo, pues gran parte del comercio pasa por la frontera

EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO PARA AMÉRICA DEL NORTE AGILIZÓ ENORMEMENTE EL TRÁNSITO Y EL COMERCIO FRONTERIZOS

men de exención de impuestos que sólo era vigente en la franja fronteriza. Las maquiladoras, al igual que el trato de “puerto libre” que tenían las poblaciones de la zona, dieron un fuerte impulso económico a esta región, donde podían circular libremente mercancías importadas, cuyo transporte al resto del territorio mexicano estaba bloqueado por fuertes aranceles.

En tiempos recientes, con la globali-

común. Esto transformó radicalmente el papel de esta región que, de zona periférica, pasó a convertirse en la arteria más importante para la integración económica entre México y Estados Unidos. Hoy, la zona fronteriza se ha convertido en un verdadero microcosmos de la relación entre ambas naciones.

De hecho, podría decirse que, cuando menos del lado mexicano, la región se ha convertido también en un micro-

CUBANOS EN MIAMI

La inveterada costumbre de presentar como homogéneo lo diverso lleva con frecuencia a considerar a los cubanos de Miami como un grupo uniforme. Y, aunque sólo sea porque el modo y la fecha de incorporación a la península estadounidense ha condicionado totalmente la sociedad posterior, nada hay más lejos de la realidad. Ciertamente, no se puede hacer una mecánica traslación entre el cómo y cuándo del exilio y el lugar que se ocupa en la sociedad de Miami. Pero no menos cierto que en el proceso de arribada se distingue nítidamente una secuenciación relacionada con la distinción de estatus económico, social y cultural de los refugiados.

Al cumplirse el tercer año de la llegada de Castro al poder unos 250.000 cubanos vivían ya en Miami. Se trataba de las clases urbanas económicamente más poderosas, así como de personas ligadas al gobierno dictatorial de Batista. De estos primeros exiliados, menos de un 5 por 100 eran negros o mestizos. Esto significa que a pesar de su mimética apariencia, desde su creación, la “nueva Cuba” fue económica, social y culturalmente diferente de la isleña. Evidentemente, las oleadas sucesivas cambiaron en su composición, pero los recién llegados a Florida se encontraban con un modelo de sociedad que, a pesar de su dinamismo, se desarrollaba dentro de unos rígidos marcos sociopolíticos a los que debían ajustarse y que se caracterizaba por situar la condición de “refugiado político”, y consecuentemente la inminencia del regreso, como principal factor de identidad y cohesión. Que el Canal 23 iniciara y finalizara sus emisiones televisivas con el himno cubano sonando sobre idílicas visiones de la isla es indicio de la poca necesidad de integrarse en la sociedad estadounidense que desde el primer momento mostraron los cubanos.



Manifestantes cubanos en Miami, durante la polémica por el niño balseiro Elián González, en abril de 2000.

Tras el frustrado ataque a Cochinos, las cosas empezaron a cambiar. Numerosos profesionales liberales y, en general, la clase media, tomaron también el rumbo del exilio. El mismo camino siguieron, en años posteriores, trabajadores, primero cualificados, y campesinos y obreros sin especialización alguna, posteriormente. Personas que anhelaban la reunificación familiar viajaban en aviones a través de países terceros mientras las pateras se generalizaban en el mar con gentes de condición económica menos favorecida. El Gobierno estadounidense, junto a entidades como la Iglesia Católica, propició la salida de numerosos cubanos en los

años sucesivos. Los “vuelos de la libertad”, de mediados de los sesenta y los programas gubernamentales como *Cubans for American Citizenship*, que perseguía la naturalización como estadounidense de los cubanos, o el “Aprende y supérate” fueron dejando paso paulatinamente a métodos más contundentes y arriesgados, como los empleados, en 1980, por los “marielitos”. 150.000 cubanos llegados a Miami en menos de seis meses desbordaron todas las previsiones de acogida, generando, además, una fuerte inestabilidad en Miami. Más aun cuando se constató que el Gobierno cubano había aprovechado la ocasión para expulsar de la isla a miles de personas que consideraba “indeseables” (delinquentes comunes, personas con discapacidades físicas o psíquicas, enfermos, etc.)

Si bien la mayor parte de los “marielitos” se integró con normalidad en la vida de Miami, lo cierto es que este multitudinario arribo suscitó el recelo de los nativos de Florida y de otros lugares de EE. UU. Programas de reacción como el *English Only*, desarrollado entre 1980 y 1993, se generalizaron y, de hecho, el indeterminado número de cubanos que, desde mediada la década de los noventa, ha arriesgado su vida en “balsas”, ha pasado, para Washington, de ser “refugiado” a ser inmigrante ilegal.

Aún así, el poder económico, y también político, de la comunidad cubana de Miami ha seguido creciendo. La prosperidad de los negocios iniciados por los primeros cubanos que llegaron a la ciudad y que dan cobertura laboral a los que se van incorporando, la presencia, cada vez mayor, de medios de comunicación propios, y la existencia de varios alcaldes en el área metropolitana de Miami han hecho de esta comunidad una fuerza influyente, respetada y temida.

PEDRO TOMÉ

cosmos de la realidad que prevalece en el resto de México. En Tijuana, por ejemplo, personas de todos los rincones de ese país se han establecido en fecha reciente, atraídos por la oferta de empleo que deriva de la intensa actividad económica. Todos ellos llevan consigo las costumbres propias de su región, los idiomas que hablan y su comida tradicional. Por ello, no es extraño escuchar hablar mixteco, una lengua indígena ori-

ginaria del estado sureño de Oaxaca, en la avenida Revolución, favorita entre los turistas norteamericanos por sus bares y tiendas de artesanías.

Asimismo, llaman la atención del visitante los orígenes diversos de la comida que, al anunciarse, destacan la región de México en la que se especializan: los letreros que dicen “tamales estilo Sinaloa” o “pozole estilo Jalisco” causan sorpresa entre los residentes de otras ciudades de

México, donde sencillamente se hablaría de “tamales” o “pozole”. Esta diversidad cultural, enriquecida por la cercanía con Estados Unidos, ha convertido a Tijuana en una ciudad muy dinámica en términos artísticos y culturales.

Hay quien dice que el caos que genera el choque y la fusión entre culturas tan distintas hace de Tijuana terreno fértil para el trabajo de músicos, artistas plásticos, cineastas y literatos, quienes expresan en



Unos niños juegan del lado mexicano de la frontera. En 1994 se construyó una **barrera de metal y cemento**, que se extiende a lo largo de 50 kilómetros entre Tijuana y San Diego.

los espacios públicos la intensidad con que se vive cotidianamente en ese punto fronterizo. La más actual de estas experiencias es el proyecto denominado “La Tercera Nación”, que tiene por objeto utilizar la dimensión binacional del espacio para exponer formas artísticas al alcance de todos. En éste y otros proyectos de tipo artístico y político, la barda, el muro metálico, que separa a México de Estados Unidos, se ha convertido en un espacio medular, donde se exponen obras de arte y se plasman todo tipo de formas de expresión.

Ejemplo de ello es la celebración del Día de Muertos, de herencia prehispánica, que tiene lugar el 2 de noviembre. Se trata de una fiesta popular muy importante para los pueblos indígenas del centro y sur de México, que consiste en construir altares efímeros a los “fieles difuntos”. En Tijuana, al igual que en el

DOMINICANOS, LOS GRANDES OLVIDADOS

Washington Heights, al norte de Manhattan, es el barrio dominicano en Estados Unidos por excelencia. Las calles 155 a la 189, entre las grandes avenidas de Broadway, St. Nicholas Boulevard (ahora también calle Juan Pablo Duarte) y Fort Washington, ofrecen desde picapollo a las últimas bachatas de Anthony Santos. Los dominicanos forman el mayor grupo de inmigrantes de la ciudad de Nueva York y son el cuarto grupo hispano más numeroso de los Estados Unidos, después de los mexicanos, puertorriqueños y cubanos, estimándose que superarán a la población de origen cubano antes del año 2010. Sin embargo, sobre todo a este lado del Atlántico, parece que se ha invisibilizado a este grupo de latinos de Estados Unidos y rara vez se los menciona en la prensa española. Según el censo del año 2000 —incluyendo las rectificaciones realizadas hace un año—, ya hay más de un millón de dominicanos en Estados Unidos. Esta cifra incluye tanto a los recién llegados como a los que son ciudadanos norteamericanos, pero excluye a los que están en situación irregular y a los que no rellenaron apropiadamente la casilla del tipo de “origen hispano” del cuestionario del censo. Más de un millón supone un porcentaje muy alto, si se tiene en cuenta que la República Dominicana tiene una población de 8,5 millones de habitantes.

A pesar de que Nueva York sigue siendo

el lugar con mayor concentración de dominicanos, en la última década ha habido un aumento significativo de la población dominicana en otros estados como Nueva Jersey, Florida y Massachusetts. De igual forma, también hay más dominicanos en otras partes de Nueva York y la población dominicana en el Bronx es actualmente casi tan numerosa como en Manhattan.

La situación de los dominicanos en Estados Unidos no parece muy alentadora: según un informe de Hernández y Rivera-Batiz, elaborado en 2003, su renta per cápita es la mitad de la media nacional —por debajo de la media de los otros grupos hispanos y de los afroamericanos—; la tasa de pobreza de los dominicanos en Nueva York es la más alta entre los principales grupos étnicos de la ciudad y, como suele ocurrir también en España, se está dando una feminización de la pobreza; además, la tasa de paro también es mayor que la media. A pesar de lo negativo de estas cifras, estos mismos parámetros han mejorado mucho entre el censo de 1990 y el de 2000 y las nuevas generaciones de dominicanos en Estados Unidos tienen mejores trabajos, más representación política y mejores niveles educativos que sus mayores.

La migración dominicana en Estados Unidos empezó de forma masiva en los años sesenta y se aceleró durante las siguientes

décadas. Son más de cuarenta años de constantes intercambios entre las dos islas —Manhattan y la República Dominicana—, constituyéndose verdaderas “comunidades transnacionales”. La República Dominicana vive, en gran medida, de los ingresos generados por los dominicanos en Estados Unidos. Incluso su actual presidente, Leonel Fernández, emigró siendo niño con su familia a Estados Unidos y cursó allí la escuela primaria y secundaria. De hecho, las campañas electorales de la República Dominicana se hacen tanto en Washington Heights como en la isla caribeña. Las calles 155 a 189 de Manhattan son un barrio más de Santo Domingo, al que se accede a través de grandes avenidas aéreas; puentes transnacionales con estrictas fronteras que a veces también se cruzan en yola —el equivalente a nuestras pateras—, en las que se arriesga la vida para llegar a Puerto Rico. Washington Heights no aparece en nuestros periódicos con la misma asiduidad que los barrios cubanos de Miami y es necesario plantearse por qué silenciarnos a esta comunidad transnacional, que también incluye en su cartografía los barrios madrileños de Cuatro Caminos, Campamento o Aravaca.

CRISTINA SÁNCHEZ CARRETERO

Departamento de Antropología de España y América, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

lado norte de la frontera, el Día de Muertos se hace cada vez más presente, sobre todo en el terreno político, pues las asociaciones de defensa de derechos humanos aprovechan la ocasión para honrar a los cientos de inmigrantes fallecidos al intentar cruzar hacia los Estados Unidos, en busca de mejores condiciones de vida.

A lo largo de la barda fronteriza se han colocado cruces con los nombres de aquellos que perdieron la vida en su viaje hacia el norte. Se trata de un cementerio colgante que, cuando se acerca el Día de Muertos, se puebla de unas flores amarillas llamadas *cempasuchitl*, que normalmente se utilizan para adornar los altares. Cada vez hay más cruces, pues, como resultado del endurecimiento del control migratorio en Estados Unidos, la cifra de muertos se va incrementando de manera escalofriante: en 2004 murió, por término medio, una persona al día.

Barreras y patrullas

Aunque los intentos por restringir la migración de mexicanos a Estados Unidos son muy antiguos, no fue sino hasta principios de los noventa cuando Washington comenzó a aplicar una serie de medidas legales y policiales a fin de dificultarla. Entre estas medidas se cuentan la operación *Hold the Line*, en la zona de Ciudad Juárez y El Paso, y *Gatekeeper*, en Tijuana y San Diego. Estas operaciones consisten en la construcción de barreras físicas a lo largo de la frontera y el fortalecimiento de agencias como la Patrulla Fronteriza, cuerpo policiaco que tiene a su cargo la persecución y detención de ilegales.

En el paisaje fronterizo de Tijuana y San Diego, la *Gatekeeper* se hizo presente en 1994, con la inauguración de una barda de metal y posteriormente una de cemento, que se extiende a lo largo de 50 kilómetros. Estas construcciones cercenan el terreno, que ha sido previamente talado de árboles y todo tipo de vegetación, dando al paisaje un tono militar. Por la noche, el área queda a merced de los reflectores y se estremece con el ruido de las persecuciones que, en ocasiones, han escalado hasta convertirse en verdaderos tiroteos transfronterizos. Los emigrantes arrojan piedras a los agentes y éstos responden a tiros. Irónicamente, fue también en 1994 cuando Estados Unidos



Mural elaborado por niños mixtecos de Tijuana, donado al Museo de San Diego, en el que se representan **atrapados por la frontera**, como si estuvieran encerrados en una jaula.

firmó el acuerdo de libre comercio con México, abriendo paso a lo que los expertos han denominado la entrada formal en una economía sin fronteras con una frontera reforzada.

Las operaciones policiales no han logrado detener la emigración, pero sí han convertido a la zona fronteriza en una verdadera trampa mortal, donde han perecido miles de personas. De sed en el verano o de hipotermia en el invierno, ahogados en los ríos o perdidos en los barrancos, siguen muriendo personas que provienen de todas partes de México y Centroamérica. Muchas desaparecen y no se vuelve a saber de ellas. En algunos casos, llega a encontrarse una camisa, un zapato o incluso un esqueleto, que lleva a las ansiosas familias las dolorosas nuevas. Ello se debe a que, al dificultarse el paso por las zonas que habían sido más accesibles, los emigrantes han optado por rutas cada vez más peligrosas, donde se ven obligados a caminar durante varios días y muchas veces son víctimas del abuso y abandono de los "polleros" o "coyotes", como comúnmente se conoce a los traficantes.

El tiempo va pasando, la cifra de muertos creciendo y los gobiernos de México y Estados Unidos siguen debatiéndose en negociaciones interminables que se mueven al ritmo de los intereses políticos del momento. En 2001, los atentados del 11 de septiembre acabaron por dar jaque mate a los procesos de negociación que habían comenzado algunos años antes, con los que se consideró la posibilidad de celebrar un acuerdo migratorio entre los dos países.

Desde entonces, la intención de acabar con este conflicto humanitario no ha pasado de declaraciones esporádicas por parte del presidente George Bush, algunas iniciativas sin futuro en el Congreso de Estados Unidos y la creciente insensibilidad de las sociedades de ambos países, cuya atención al problema ha ido menguando.

Identidades ilusorias

Mientras tanto, los habitantes de la zona fronteriza viven sus vidas en un entorno de constantes paradojas y contradicciones, donde dos mundos distintos se abrazan y chocan a la vez. La frontera entre México y Estados Unidos es a la vez puente y escudo: une con la fuerza de la vida cotidiana, la solidez de las redes familiares, el dinamismo del comercio y la intensidad del diálogo cultural a dos naciones unidas por la inevitable geografía; pero también protege al fuerte del débil, a los ricos de los pobres y ayuda a construir identidades impermeables o, por lo menos, a mantener la ilusión de que lo son.

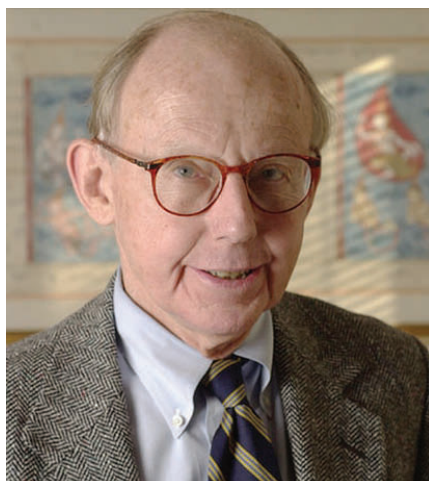
A finales de la década de los noventa, un grupo de niños mixtecos de Tijuana donó al museo de los niños de San Diego un mural cuya fotografía se reproduce en este artículo. Estos niños han encontrado la forma de expresar el significado que tiene para ellos algo que muchos adultos no hemos logrado entender aún. En la obra, la frontera los rodea, como si fuese una jaula, un corral o una cárcel. Sin embargo, en la explicación dice que, a pesar de ello, los niños son más grandes que la frontera que los encierra. Siempre me pregunto si es así. ■

El reto LATINO

Cuando el teórico de la Universidad de Harvard Samuel Huntington invoca los riesgos que plantea la minoría hispanoparlante para el mundo blanco, anglosajón y protestante en EE UU, está reutilizando, a escala local, la vieja idea del choque de civilizaciones a escala internacional, sostiene **PEDRO TOMÉ**

Acostumbrados como estamos en Europa a identificar la globalización con la extensión de los valores popularmente asociados a EE. UU., pocas veces nos paramos a pensar que dicho proceso también provoca allí miedos y recelos. No obstante, desde hace casi dos décadas gran parte de los académicos de mayor prestigio de las universidades norteamericanas se encuentran envueltos en una árida polémica sobre la forma en que la identidad nacional se ve cuestionada por la mundialización y, en particular, por el avance del denominado “poder latino”.

Aunque el detonante de la controversia fue una diatriba más de las muchas que a diario se solventan entre académicos, parte de la población hispana está comenzando a notar en su vida los negativos corolarios de la discusión. En 1989, Francis Fukuyama, retomando un estilo que recordaba el de los evolucionistas culturales del último tercio del siglo XIX, publicaba un artículo que se convertiría pocos años más tarde en su más conocido libro: *El fin de la historia y el último hombre*. Desde su privilegiado balcón de la Johns Hopkins University School for Advanced International Studies, planteaba Fukuyama que la democracia liberal representa el final de la evolución ideológica de la humanidad, pues tras la debacle de la Unión



Samuel Huntington, el teórico de la incompatibilidad de las culturas.



Francis Fukuyama, que augura el fin de la Historia, motivó las tesis de Huntington.

Soviética las confrontaciones ideológicas carecían de sentido. Así pues, en aquellos países de economías boyantes y libre mercado, pues sólo éste —señalaba Fukuyama— puede sustentar la democracia liberal, la Historia habría llegado a su consumación.

Las invectivas y adhesiones en pro o en contra de la teoría de Fukuyama fueron inmediatas. En la revista *Foreign Policy*, su fundador, Samuel Huntington, bajo el título de *El Choque de Civilizaciones*, lanzó un duro alegato contra tales conjeturas. En opinión de Huntington, tras la caída del Muro de Berlín, “la política mundial está entrando en una nueva fase en la que la fuente fundamental de conflictos no será ideológica ni económica; las grandes divisiones de la Humanidad y las principales fuentes de conflictos serán culturales, entre naciones y grupos de civilizaciones diferentes”. Las críticas recibidas por tan tajante aseveración no fueron menores que las que previamente había soportado Fukuyama, razón que llevó al profesor de Harvard a justificar de forma más extensa sus controvertidas opiniones. Nació así, en 1996, la mundialmente conocida *The clash of civilizations and the remaking of world order*, inmediatamente traducida al castellano con el título de *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. En síntesis, afirma Huntington en esta obra que se convirtió en auténtico *best-seller* tras los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York, el mundo estaría dividido en cinco o seis

PEDRO TOMÉ es antropólogo, científico titular del CSIC.

macroáreas yuxtapuestas, definidas por valores “culturales” que nunca podrán converger porque no sólo son diferentes sino, las más de las veces, incompatibles.

Para Huntington, esta multiplicidad cultural conlleva un inherente riesgo para la estabilidad del mundo, porque refuta la idea tantas veces expuesta por los teóricos de la Guerra Fría de que tras la desaparición del comunismo oficial del Este de Europa, la cultura occidental se impondría en todo el mundo. Efecto directo de error prospectivo será la imposibilidad de identificar “nuestros valores” con los universales. Expresado en términos opuestos, Huntington descubre un proceso de “indigenización del mundo” que se traduce en el resurgir de antiguas civilizaciones que estaban contenidas por el enfrentamiento de los dos bloques y

que contemplan a Occidente más que como cúspide de la evolución ideológica de la Humanidad, como paradigma de la decadencia y la degeneración moral. Estas emergentes civilizaciones —islámica, china, japonesa, hindú, ortodoxa, budista, africana y latinoamericana—, al contrario de lo que sucedió en Occidente, donde la idea de Dios dejó paso a la del Estado y donde lo religioso y lo político dejaron de ser un mismo ámbito, asientan sus pilares en la identidad de cultura, religión y sistema de gobierno. Desde esta perspectiva, que les permite autoconceptuarse como “superiores” frente a un débil moral, Occidente, que no obstante detenta el poder, atacar la fuente del mal no sólo es legítimo, sino una necesidad. Dos son las armas que estas culturas están utilizando para

socavar la civilización occidental: el terrorismo islamista y, dirá poco después, la subrepticia invasión de EE. UU. por millones de latinos, particularmente mexicanos, que están colocando en su corazón una bomba demográfica de graves efectos culturales. Las primeras se combaten con las armas —Afganistán, Iraq—, las segundas con la refundación nacional a partir de la recuperación de los pilares que hicieron de EE. UU. lo que es.

¿América?

Durante los últimos años Samuel Huntington, como presidente de la Harvard Academy for International and Area Studies, ha dedicado la mayor parte de sus esfuerzos intelectuales a analizar “el reto hispano” (*The Hispanic Challenge*) que debe afrontar EE. UU. para mantener



Una familia de **inmigrantes mexicanos**, que sobrevivió al atentado de las Torres Gemelas, trata de regularizar su situación en EE. UU.



Reclamos comerciales en español para atraer al mercado hispanoparlante, en un barrio de Nueva York, en otoño de 2003.

la identidad y lealtad a la nación. Fruto de los mismos será la obra *¿Quiénes somos?*, significativamente subtitulada *Los desafíos a la identidad estadounidense* (*Who are we? The Challenges to America's National Identity*).

En ella, Huntington recupera el modelo asimilacionista en boga en la década de los cincuenta, en el que bajo la etiqueta de la *anglo-conformity* se postuló que solamente eran aceptables aquellos emigrantes que estuvieran

dispuestos a abandonar cualquier diversidad cultural para ajustarse milimétricamente a los patrones dominantes en el país receptor. Con estos mimbres, Huntington rehace toda la historia de EE. UU. para aseverar que lo que los ha mantenido identificados con una bandera ha sido justamente la preservación en un credo generado por los colonos del XVII y XVIII, ratificado reiteradamente con posterioridad sin modificar su esencia. En síntesis, la identidad estadounidense

descansa en “la lengua inglesa, el cristianismo, el compromiso religioso, el concepto inglés del imperio de la ley —que engloba la responsabilidad de los gobernantes y los derechos de los individuos— y los valores protestantes del individualismo, la ética del trabajo y la convicción de que los seres humanos tienen la capacidad y el deber de intentar crear un cielo en la tierra, una *ciudad sobre una colina*”. Éste sería el modelo que, a su juicio, se está quebrando en estos momentos como consecuencia de la llegada de millones de hispanos. ¿Por qué?

Acudiendo a estadísticas, Huntington exhibe un conjunto variado de estereotipos sobre los emigrantes, reforzados con la no menos tópica visión del mexicano indolente. Lo peligroso no es, en su opinión, la resistencia de los mexicanos a perder su cultura de origen y a asimilarse, sino la generación de una comunidad latina diferenciada en un área, el suroeste de los Estados Unidos, que hasta mediados del siglo XIX fue territorio mexicano. Es decir, más allá de que hoy día el nombre más reiterado en California para los recién nacidos sea José, y no Michael como hasta una década, o de que en los partidos de fútbol entre las selecciones de México y EE. UU. el himno y bandera del primero sean aplaudidos por el público asistente a los estadios y abucheados los del segundo, el problema estriba,

LA LATINIZACIÓN DE WASHINGTON

En los últimos años, los hispanos se han convertido en la primera minoría de Estados Unidos, altamente asentados en áreas metropolitanas como Los Ángeles, Nueva York, Miami o Washington. Con la llegada masiva de refugiados centroamericanos durante la década de 1980, tanto en la capital estadounidense como en los condados adyacentes de Maryland y Virginia, la población hispana experimenta un crecimiento sin precedentes, convirtiéndose, junto a la población afroamericana, en la minoría más representativa de la región. Con todo, la presencia de población hispanohablante en el Distrito de Columbia se inicia con el proceso de internacionalización de la ciudad después de la II Guerra Mundial. El establecimiento de embajadas de países latinoamericanos, organizaciones multilaterales, como la Organización de Estados Americanos o

el Banco Interamericano de Desarrollo, y otras, abre un creciente mercado laboral en el sector de los servicios, al que responden mayormente mujeres de diferentes países latinoamericanos que propician el desarrollo de incipientes redes migratorias que facilitan la incorporación de nuevos inmigrantes en las décadas posteriores. La llegada, asimismo, de funcionarios, refugiados, estudiantes y trabajadores de profesiones y niveles sociales muy diversos propicia el ascendente crecimiento de la población hispanohablante que se concentra principalmente en el entonces conocido “barrio latino”, en torno a los vecindarios de Mount Pleasant y Adams Morgan en el Distrito de Columbia. La organización y reivindicación de la minoría afroamericana por los derechos civiles durante la década de los sesenta, se convirtió en el modelo que esta diversa población

hispana utiliza para la construcción de la etnicidad latina como identidad e instrumento de reivindicación socio-cultural. Con el éxodo migratorio de los salvadoreños como consecuencia de la guerra civil durante la década de los ochenta, no sólo se incrementa y diversifica la población hispana en la capital, sino que se extiende a todo el área metropolitana, que abarca condados de los estados de Maryland y Virginia. En la actualidad, la población latina en la región continúa su crecimiento con la continua llegada de inmigrantes latinoamericanos entre los que destacan salvadoreños y mexicanos. Esto convierte el área metropolitana de la capital estadounidense en una de las regiones con mayor representatividad de población hispana del país.

RAÚL SÁNCHEZ MOLINA

Dpto. Antropología Social y Cultural, UNED.

dice Huntington, en que “los estadounidenses están aceptando que se convertirán en dos pueblos, con dos culturas (anglo e hispana) y dos lenguas (inglés y español)”. A partir de aquí, el futuro de Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Utah es convertirse en una suerte de Québec, una comunidad tan separada del resto de la que configuran los blancos anglo-sajones protestantes (WASP), como lo están la francófona y la valona en Bélgica o tan enemistadas como la serbia y la bosnia en Bosnia-Herzegovina.

El modelo, prosigue Huntington, es lo acontecido en Miami donde los “blancos no hispanos” son ya una minoría y donde casi todas las administraciones están regidas por cubanos. Indica el profesor de Harvard que en una sola década 150.000 “blancos no hispanos” abandonaron Miami y supone que lo hicieron con una pegatina en sus vehículos que reza: “El último estadounidense que salga de Miami, por favor, que traiga la bandera”, por no poder resistir la presión hispana y lo que algunos teóricos denominan “aculturación a la inversa”.

Cultivando la contradicción

Miami, a los ojos de Huntington, representa el modelo de una comunidad diferenciada, “hispanohablante, con los suficientes recursos económicos y políticos para mantener su identidad hispana apartada de la identidad nacional de otros estadounidenses y, al mismo tiempo, capaz de influir en la política, el Gobierno y la sociedad del país”. Ciertamente, la emigración mexicana a California no es la cubana a Florida. Las características del proceso migratorio de México a Estados Unidos –contigüidad geográfica proporcionada por una frontera de 3.500 km, la escala con la que debe medirse que la hace inequivalente a ningún otro fenómeno migratorio, la masiva ilegalidad, la concentración regional, la persistencia en el tiempo y, sobre todo, la presencia histórica en la región– serían, a juicio de Huntington, elementos suficientes para pensar que el modelo Miami no es exportable al resto de los latinos. Sin embargo, el miedo a su reproducción es tan constante que no puede sucumbir a un mar de contradicciones.

La crítica general contra los latinos por no estar apegados a una ética del trabajo y, consecuentemente, ser escasamente



Una profesora hispana enseña **literatura española** en el Instituto Newton de Queens, en Nueva York, en una imagen de abril de 2004.

productivos se enfrenta con el éxito de los cubanos. Pero no sólo. California, uno de los estados, como Nuevo México o el Distrito de Columbia, donde los “blancos no hispanos” son ya minoría, sigue siendo uno de los estados más ricos de la Unión, lo que parece desmentir un carácter dominado por la “falta de iniciativa, autosuficiencia y ambición; poco deseo por la educación, y la aceptación de la pobreza como una virtud necesaria para llegar al cielo”. A mayores,

indolencia latina no esconde más que el irracional miedo que sienten –como señalara José María Ridao en *La elección de la barbarie*– las sociedades desarrolladas hacia aquellos a los que están explotando.

A su vez, la adhesión a principios no anglosajones haría de los latinos un grupo homogéneo dominado por una aculturación antagonista, cuyo primer efecto sería la incapacidad para aprender el inglés con la rapidez que el sistema eco-

LA CRÍTICA GENERAL A LOS LATINOS DE NO TENER EXCESIVO APEGO A LA ÉTICA DEL TRABAJO CHOCA CON EL ÉXITO DE LOS CUBANOS

se estima que los latinos, no sólo los dueños de más de un millón doscientas mil empresas, contribuyen a la economía del país con 450.000 millones de dólares anuales y poseen un poder adquisitivo en torno a los 580.000 millones de dólares. Sin contar los 30.000 millones de dólares que envían a sus países de origen. Tal vez sea, pues, muy otro el lamento de Huntington, quien afirma, suposición vana, que el primer efecto que se notaría si el flujo migratorio se detuviera sería la subida inmediata de los salarios de “los ciudadanos de menores ingresos”. Que, dicho sea de paso, y aunque no lo constate Huntington, son los inmigrantes, que desempeñan los trabajos que los nativos no quieren hacer. Así pues, la crítica a la supuesta

nómico y cultural norteamericano requiere. A pesar de que Huntington asume como principio que “los datos sobre el aprendizaje del inglés y el mantenimiento del español entre los inmigrantes son limitados y ambiguos” emplea prolijas estadísticas para llegar a una conclusión prefijada de antemano: el desprecio que los latinos sienten por la cultura y la educación les impide avanzar en el conocimiento del inglés y, por tanto, participar en la cultura norteamericana. Es más, superando la metáfora, afirma el profesor de Harvard que no hay un “sueño americano”, sino solamente un *American dream* y quien quiera participar de él tiene que soñar en inglés. Sin embargo, añade, el problema no radica tanto en la incapacidad



Francisco Camps, presidente de la Generalitat Valenciana, saluda a **representantes de la comunidad hispana en Harlem**, durante un viaje oficial en mayo pasado.

para aprender otra lengua, sino en un elemento cultural: el particular orgullo que los latinos sienten en hablar correctamente su propia lengua refuerza continuamente su identidad de origen.

A partir de aquí, Huntington desarrolla una doble línea de análisis que conduce inexorablemente a la confusión, pues afirma que seguramente los latinos de las próximas generaciones no querrán aprender la lengua del país receptor —pues habrá tantos que no les se-

paradoja, su influencia se deja notar inmediatamente. Así LULAC —la “Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos” que se fundó en 1929, en Corpus Christi, Texas, y que aún sigue en activo—, ha empezado a constatar que el desarrollo abierto o encubierto del programa *English only* (sólo inglés) en numerosos lugares de EE. UU. se está traduciendo en despidos de inmigrantes que se expresan en castellano en su lugar de trabajo. Esta actitud de rechazo al es-

reja con la identificación que no pocos receptores hicieron del inmigrante con el ser dócil y sumiso conceptualizado como “menor de edad intelectual”.

Los invasores salen del gueto

Justamente eso es lo que está cambiando y lo que da miedo a los que piensan como Huntington. Los periódicos, emisoras de radio y canales de televisión incrementan el uso del castellano a diario y las ofertas para adquirirlos, recuérdense los dos billones de dólares de NBC por Telemundo, se suceden por todo Estados Unidos.

Aunque Huntington se queje amargamente de la “invasión” del suroeste, los latinos están presentes en todo el país y no sólo en determinados guetos. Dentro de cinco años, los latinos podrán ser la mitad de la población de Los Ángeles, California, y actualmente son ya casi siete millones de personas. En ciudades como Nueva York, Miami, San Francisco, Chicago o Houston, el número de latinos supera el millón y su presencia es notable también en territorios en los que tradicionalmente no habían estado presentes como las dos Carolinas, Arkansas, Georgia, Alabama, Nevada, Tennessee, etcétera. De hecho, Huntington recuerda con preocupación que el alcalde de Hartford, Connecticut, ciudad que se enorgullece de haber tenido el primer portorriqueño en este cargo, anunció en su toma de posesión que lo acontecido en su ciudad “es una señal de lo que está por venir”.

La inquietud y desasosiego de Huntington tiene que ver con el posible nacimiento de una reacción racista, o nativista por recurrir al sucedáneo académico que utiliza, contra lo hispano. Si en ciudades como la mentada Hartford, en 2003, algo más del 40 por 100 de la población era hispana y casi otro 40 por 100 era afroamericana, ¿qué les queda esperar a los “blancos no hispanos”? Sin embargo, tan prudente preocupación parece que más que atemperar cualquier forma de racismo lo alienta, pues se pregunta si las asociaciones hispanas son tan legítimas como la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, ¿por qué no habrían de serlo también las organizaciones en defensa de los intereses de los blancos? Su respuesta resulta realmente preocupante: Huntington acude a una variada suerte de

EN PHOENIX, LAS VEGAS O MIAMI, LAS FAMILIAS BILINGÜES GANAN 50.000 DÓLARES AL AÑO; LAS QUE SÓLO HABLAN INGLÉS, 32.000

rá necesario—. Pero, por otra parte, lamenta que los latinos, por ser mayoritariamente bilingües, tienen más oportunidades laborales y mejores salarios —“en ciudades como Phoenix y Las Vegas o Miami, las familias que sólo hablan español tienen unos ingresos medios de 18.000 dólares; las que sólo hablan inglés tienen ingresos medios de 32.000 dólares, y las familias bilingües ganan más de 50.000 dólares”—. Así pues, una vez más, parece que la idea que Huntington quiere exponer es la muy vulgar de que “los emigrantes nos quitan el trabajo”, aunque vestida con ropajes lingüísticos, vale decir culturales. La cuestión es que, más allá de la

pañol como lengua, y el consecuente miedo a hablarlo en determinados lugares, tienden a reforzar una imagen vejatoria del mismo, que se había extendido por las áreas *wasp* desde la década de los sesenta del pasado siglo. No pocos hispanos han sentido desde entonces cómo han sido ridiculizados por su desconocimiento o incorrecto dominio del inglés. Tales ademanes, como ocurriera en algunas zonas urbanas españolas con los acentos “de pueblo”, han permitido asociar el castellano con las condiciones sociales más desfavorecidas. A su vez, la interiorización que muchos hicieron de su “inferioridad” como efecto de estos desprecios fue pa-

científicos sociales, a los que las más de las veces descontextualiza, para aventurar una inminente reacción de los blancos anglosajones protestantes para recuperar una identidad nacional asentada en los valores de los creadores del país. No se trata de profecía, parece indicar, sino de algo más lógico: “Cuando un grupo social, étnico, racial o económico sufre o cree sufrir pérdidas de poder y categoría, casi siempre se esfuerza para dar la vuelta a la situación”. De no ser por el paralelismo que establece entre la evolución demográfica de California y Bosnia-Herzegovina —donde los serbios respondieron con “limpieza étnica” cuando vieron amenazada su mayoría— no quedaría tan patente que, en realidad, la visión de los hispanos que tiene Huntington es una reedición de su “choque de civilizaciones” donde los latinos, peligrosamente, han sustituido a los musulmanes.

Choque de ignorancias

La visión que Huntington ofrecía del mundo musulmán en “el choque de civilizaciones” exhibía, según Eduard Said, un genuino “choque de ignorancias”. La presentación que en los últimos años está haciendo de los latinos, y en particular de los mexicanos, no parece haber superado tal grado, pues, en última instancia, sus ideas son colocadas al servicio de una ideología que concibe las culturas como islas incomunicadas, como bloques monolíticos y cerrados. En la línea de lo que exponían los culturalistas norteamericanos durante la II Guerra Mundial y el inicio de la posguerra, Huntington sigue estableciendo una paridad entre nación y cultura, definida como territorio más lengua y religión. No se percata, por tanto, de que, como hace ya cuatro décadas mostrara el noruego Fredrik Barth, la complejidad social que nace de la diversidad cultural solamente mantiene los límites culturales que corren por el interior de las sociedades, no por sus bordes; los que, en definitiva, establecen minorías dentro de las minorías.

Asumir una homogeneidad de lo latino en EE. UU. conduce al absurdo de equiparar en comportamientos y valores a cubanos de Miami con portorriqueños de Nueva York, salvadoreños de Washington o mexicanos de California. Pero, además, supone olvidar otras



Niños de la Escuela Primaria 38 asisten, disfrazados, a una **cabalgata de Reyes** en el Harlem hispano, el 6 de enero de 1998.

adscripciones identitarias posibles que trascienden la nacionalidad de origen: latinos son, pero no iguales en comportamientos y visión del mundo, los mexicanos de 60 años que llegaron a California para trabajar como braceros y los que desde el mismo país llegan con 20 a Chicago para incrementar su prestigio dentro de sus grupos de edad. Latinos son, pero distintos, los chilenos que llegaron huyendo de la dictadura militar y los que abandonaron las guerrillas centroamericanas. Latinos son, iguales pero diferentes, los varones que intentan reproducir una sociedad machista y las mujeres que huyen de ella; latinos son, y desiguales a su pesar, los que malviven de la caridad y redes de apoyo a inmigrantes y los que, situados en los entrejuegos del poder, amasan imponentes riquezas. Nacionalidad, etnicidad, género, generación, clase económica e ideología son elementos que recorren las muchas identificaciones latinas en EE. UU., entremezclándose de forma tan compleja y variada que la tan mentada identidad latina no es más que una etiqueta simplificadora de una realidad plural. Tan simplificadora como decir que los mexicanos han comenzado la invasión del espacio porque hay una galaxia (denominada del *Sombrero*) con forma de charro.

Los conflictos multiculturales de los que Huntington habla esconden, como casi siempre que se utiliza este término,

problemas de desigualdad económica; que solamente pueden comprenderse en sus justos términos desde la interdependencia. Ahora bien, ésta incluye asumir que el excluido depende para sobrevivir de quien le margina, pero no al contrario.

En cualquier caso, dada la influencia de Huntington en EE. UU. y de éstos en el mundo, no puede desdeñarse su reflexión sobre la forma en que los movimientos de población pueden alterar identidades nacionales asentadas en Estados-nación sujetos a crisis permanente, tanto por la fuerza de lo local como de lo transnacional. Con todo, la propuesta de Huntington de volver a asentar las identidades nacionales en bases tan sólidas como Dios, la Naturaleza o cualesquiera otra de igual contundencia, parece no considerar que, desde que las sociedades existen, el mestizaje ha sido uno de los motores de las historias. ■

PARA SABER MÁS

-  DURAND, J., y DOUGLAS, S. M., *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2003.
- HUNTINGTON, S., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.
- *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004.
- SÁNCHEZ, R., *Mandar a traer. Salvadoreños en Washington*, Madrid, Universitas, 2005.